

La Autoevidencia y la Educación

We hold these truths to be self-evident...

Declaración de la Independencia

Toda ciencia parte de unos axiomas propios, de los cuales sería inconcebible que el científico dudase. El matemático, por ejemplo, parte del concepto de magnitud, el biólogo del concepto de vida. Si no se acepta de antemano la autenticidad real y concreta a lo cual estos conceptos corresponden, toda la estructura de estas ciencias se derrumbaría. La autenticidad del fundamento real de estos conceptos se acepta por autoevidencia. Esta fue la gran invención de Descartes, mucho más importante que su invención de la geometría analítica. De él la tomó Jefferson, el autor del manuscrito original de la Declaración de la Independencia de las Trece Colonias. "Aceptamos estas verdades como autoevidentes." Y esas verdades autoevidentes, que constituyen el cimiento de la gran nación, son tal vez, las más discutidas hoy, y lo han sido siempre. Que todos los seres humanos son creados iguales en cuanto a sus derechos inalienables de libertad, vida y bienestar, entre otros, le pareció autoevidente a los consignatarios de la famosa Declaración, pero desde entonces los hombres honrados que así lo creen siguen "comprometiendo sus vidas y sus haciendas" para probar "si una humanidad, así concebida y así dedicada puede permanecer por largo tiempo."

La ciencia, el poder y la riqueza no son los fundamentos de esta humanidad, sino la autoevidencia que fortalezca la fidelidad a este principio de igualdad en virtud del derecho inalienable. ¿Cómo es posible que Jefferson considerase autoevidente tamaña proposición? ¿Qué quiso decir? Y si el proceso educativo en una democracia no resulta en la aceptación y fidelidad a ese principio, ¿para qué educar a costa de la hacienda pública?

Si procedemos, como decían nuestros antepasados, por partes, lo primero es preguntar ¿qué es evidente? Y la contestación inmediata es "lo que se ve". Eso es, lo que dice Santo Tomás: "Ver para creer". Y la segunda pregunta sería: "¿Para quién es evidente?" Pues para el que quiere y tiene capacidad de ver, ya que "No hay peor ciego que el que no quiere ver". La mera palabra evidente, nos vincula al modo griego de conocer y saber. Idea e ideación son términos derivados de eidein que significa ver. Teoría y teorizar también corresponden a un sinónimo del verbo ver.

Empezar el proceso de conocer y saber por ver lo que es visible es comenzar como los niños y como aconseja el Evangelio: "Si no regresáis y empezáis de nuevo, como los niños, no entraréis en el Reino..." Los niños empiezan bien; luego los maestros los desviamos imponiéndoles los modos de saber de la cultura sobre los naturales. Y como los ojos nos fueron dados para ver, según Nuestro Señor Jesucristo, según Emerson, según

la oftalmología, y según los que fabrican microscopios, telescopios y lentes, ya que sin la vista las lentes serían inútiles, pues de ahí surge ese género de saber que S. Agustín llama el adequatio: "la correspondencia entre el intelecto y las cosas." Esa correspondencia natural, pre-establecida según Leibnitz, entre el objeto natural, dado, y el intelecto, ó nous, que decía Aristóteles, es la autoevidencia. El objeto dado al intelecto tiene la propiedad de darse a conocer, y el intelecto la de conocerlo; como son visibles los objetos para el ojo que ve.

El objeto dado (natural) tiene esa propiedad de darse a conocer al intelecto humano y animal, es inteligible; pero antes de ser inteligible, ha de ser visible, o audible, o táctil, etc., es decir ha de ser, tiene que existir, ser auténtico, sino lo es, su inteligibilidad es falsa, o ilusoria, o analógica, como en el sueño, las novelas, la pintura, o la imagen reflejada en un espejo (speculum), es decir, especulativa. De modo que todo ser dado en la naturaleza tiene tres propiedades estructurales: su existencia, su operación o modo de existir y su inteligibilidad. Al conocerlo el intelecto humano o animal, lo conoce por tres modos: esencial u onticamente, al modo de las ciencias naturales; intelectual o noéticamente, al modo de las matemáticas y la filosofía; y operacionalmente, al modo de la sociología, la historia y el arte. Estas son las categorías de saberes, y naturalmente, esto agotaría esa cosa que en

pedagogía se llama curriculum. El lector, si lo hay, se hará cargo que este párrafo es una fórmula concentrada, y su análisis, constituye el programa de Educación 308, que dura un semestre.

El intelecto, sobre todo el humano, opera sobre un ser dado, natural. Prescindiremos, por ahora, de lo que Bergson llama "inteligencia animal", y concentraremos en la humana. Parece ser que esa inteligencia se caracteriza, y distingue de toda otra, por hacerse a sí misma objeto de saber. Al objetivarse a sí misma se produce ese desdoblamiento que Ortega Gasset llama yo empírico frente al yo teórico, el "me" y el "I" de George Mead y Harry S. Sullivan. De esa capacidad de desdoblamiento, de saber su saber, frente a todo lo dado, surge toda la endiablada complicación de la cultura, y por supuesto, El Discurso del Método, y la duda cartesiana, es decir La Crítica de la Razón, Pura o Práctica, da lo mismo.

Pero hubo un momento en la historia de occidente en que un pensador, contrario a la Lógica aristotélica, la anamnesis socrática y el diálogo platónico, dijo estas palabras: "no mirando nosotros las cosas que se ven, sino a las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas". (S. Pablo, 2ª Carta a los Corintios, cap. 4, vers. 18). De este principio deriva la definición cristiana de la fe, dada en la Carta a los Hebreos: "Es la fe la substancia de lo que se espera, la demostración de lo que no ve."

(cap. 11, vers. 1) Tanto el concepto de substancia (hypósis), como el de demonstración (élegchos) son aristotélicos; pero la proposición ya no lo es. Lo que se espera es aun inexistente, carece de substancia, lo que no se ve no puede demonstrarse. Pero tampoco es aun europaica. De esta ambigüedad nace el pensamiento escolástico, y en consecuencia El Discurso del Método. "Mihi quaestio factus sum", dice S. Agustín. (Confesiones XXXiii) "Me he hecho problema para mi mismo." Este hombre problemático es el euro-americano. A pesar de las Reglas para la dirección del espíritu, gemelas del Discurso del Método.

El entendimiento natural, el dado al ser humano, comienza por la autoevidencia, por "las cosas que se ven", y quiere terminar por "la demonstración de lo que no se ve", haciendo primero lo postrero, porque son estas cosas los archai, los principios eternos. El entendimiento de estos primeros y a la vez postreros principios constituyen La Diferencia Humana, la que busca Mortimer J. Adler. Estas son las verdades autoevidentes a que alude Jefferson, y de las cuales menciona una muestra en La Declaración. Y este es también el propósito supremo de la educación, el aprendizaje de estas verdades para régimen de la vida humana.

¿Pero son autoevidentes estas verdades? Sólo analógicamente. De esta analogía habla también S. Pablo, en el cap. 4 de su 2ª Carta a los Corintios: "El entendimiento de ellos se embotó... el velo está puesto sobre su corazón..." En la

fisiología bíblica se pensaba con el corazón. Un corazón velado no tiene autoevidencia. Así dice el autor de la Carta a los Efesios: "se comportan según la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido...por la ignorancia, por la dureza de su corazón..." (Cap. 4, vers. 18) La mente (nous) mataiôtes, hueca, vacía, es lo que Erasmo de Rotterdam llamó Moria y hoy llamamos morón, o sea retardado mental. El entendimiento (dianoia) entenebrecido no permite, por supuesto, la evidencia, porque no se puede ver en la obscuridad. Y el corazón con porosis, es un corazón petrificado, esclerótico, que no puede pensar. Pero el niño todavía no ha llegado a esa condición enfermiza. Su nous está virgen, pero no vacío ó hueco; su entendimiento (dianoia) no está entenebrecido, y su corazón (órgano del pensamiento) no está petrificado.

En esta condición inicial de ignorancia saludable llega el niño a manos de sus padres, de sus parientes y de sus primeros maestros. Los ojos están formados para ver el mundo visible; los oídos para oír el mundo acústico; etc. y el entendimiento (nous), para ver através, para entender (dia-noia) el triple aspecto inteligible del ser: su esencia, su racionalidad y su operación. Es a esta función de la persona, a lo cual puede llamarse, por analogía, ver através, ó sea autoevidencia. Esta función saludable crece, como crece todo cuerpo saludable. El crecimiento saludable de la dianoia es a lo que, propiamente podemos llamar educación. Si el pediatra se especializa para

vigilar y dirigir el crecimiento del cuerpo saludable, es razonable pedir del maestro que se especialice para dirigir el crecimiento saludable de la dianoia, de la capacidad natural para ver através de la racionalidad del ser. Esta es la paideia, así como la otra es la pediatría. El médico no puede imponer una salud al cuerpo, así tampoco el maestro puede imponer la verdad al educando. Ya podemos ver porqué Sócrates asumió el título de pediatra del entendimiento. Esta perspectiva de la educación nos permite pensar muchas otras proposiciones, las cuales aplazamos para otra ocasión. Con lo presente basta por ahora.

La Autoevidencia y la Educación

We hold these truths to be self-evident...

Declaración de la Independencia

Toda ciencia parte de unos axiomas propios, de los cuales sería inconcebible que el científico dudase. El matemático, por ejemplo, parte del concepto de magnitud, el biólogo del concepto de vida. Si no se acepta de antemano la autenticidad real y concreta a lo cual estos conceptos corresponden, toda la estructura de estas ciencias se derrumbaría. La autenticidad del fundamento real de estos conceptos se acepta por autoevidencia. Esta fue la gran invención de Descartes, mucho más importante que su invención de la geometría analítica. De él la tomó Jefferson, el autor del manuscrito original de la Declaración de la Independencia de las Trece Colonias. "Aceptamos estas verdades como autoevidentes." Y esas verdades autoevidentes, que constituyen el cimiento de la gran nación, son tal vez, las más discutidas hoy, y lo han sido siempre. Que todos los seres humanos son creados iguales en cuanto a sus derechos inalienables de libertad, vida y bienestar, entre otros, le pareció autoevidente a los signatarios de la famosa Declaración, pero desde entonces los hombres honrados que así lo creen siguen "comprometiendo sus vidas y sus haciendas" para probar "si una humanidad, así concebida y así dedicada puede permanecer por largo tiempo."

La ciencia, el poder y la riqueza no son los fundamentos de esta humanidad, sino la autoevidencia que fortalezca la fidelidad a este principio de igualdad en virtud del derecho inalienable. ¿Cómo es posible que Jefferson considerase autoevidente tamaña proposición? ¿Qué quiso decir? Y si el proceso educativo en una democracia no resulta en la aceptación y fidelidad a ese principio, ¿para qué educar a costa de la hacienda pública?

Si procedemos, como decían nuestros antepasados, por partes, lo primero es preguntar ¿qué es evidente? Y la contestación inmediata es "lo que se ve". Eso es, lo que dice Santo Tomás: "Ver para creer". Y la segunda pregunta sería: "¿Para quién es evidente?" Pues para el que quiere y tiene capacidad de ver, ya que "No hay peor ciego que el que no quiere ver". La mera palabra evidente, nos vincula al modo griego de conocer y saber. Idea e ideación son términos derivados de eidein que significa ver. Teoría y teorizar también corresponden a un sinónimo del verbo ver.

Empezar el proceso de conocer y saber por ver lo que es visible es comenzar como los niños y como aconseja el Evangelio: "Si no regresáis y empezáis de nuevo, como los niños, no entraréis en el Reino..." Los niños empiezan bien; luego los maestros los desviamos imponiéndoles los modos de saber de la cultura sobre los naturales. Y como los ojos nos fueron dados para ver, según Nuestro Señor Jesucristo, según Emerson, según

la oftalmología, y según los que fabrican microscopios, telescopios y lentes, ya que sin la vista las lentes serían inútiles, pues de ahí surge ese género de saber que S. Agustín llama el adequatio: "la correspondencia entre el intelecto y las cosas." Esa correspondencia natural, pre-establecida según Leibnitz, entre el objeto natural, dado, y el intelecto, ó nous, que decía Aristóteles, es la autoevidencia. El objeto dado al intelecto tiene la propiedad de darse a conocer, y el intelecto la de conocerlo; como son visibles los objetos para el ojo que ve.

El objeto dado (natural) tiene esa propiedad de darse a conocer al intelecto humano y animal, es inteligible; pero antes de ser inteligible, ha de ser visible, o audible, o táctil, etc., es decir ha de ser, tiene que existir, ser auténtico, sino lo es, su inteligibilidad es falsa, o ilusoria, o analógica, como en el sueño, las novelas, la pintura, o la imagen reflejada en un espejo (speculum), es decir, especulativa. De modo que todo ser dado en la naturaleza tiene tres propiedades estructurales: su existencia, su operación o modo de existir y su inteligibilidad. Al conocerlo el intelecto humano o animal, lo conoce por tres modos: esencial u onticamente, al modo de las ciencias naturales; intelectual o noéticamente, al modo de las matemáticas y la filosofía; y operacionalmente, al modo de la sociología, la historia y el arte. Estas son las categorías de saberes, y naturalmente, esto agotaría esa cosa que en

pedagogía se llama curriculum. El lector, si lo hay, se hará cargo que este párrafo es una fórmula concentrada, y su análisis, constituye el programa de Educación 308, que dura un semestre.

El intelecto, sobre todo el humano, opera sobre un ser dado, natural. Prescindiremos, por ahora, de lo que Bergson llama "inteligencia animal", y concentraremos en la humana. Parece ser que esa inteligencia se caracteriza, y distingue de toda otra, por hacerse a sí misma objeto de saber. Al objetivarse a sí misma se produce ese desdoblamiento que Ortega Gasset llama yo empírico frente al yo teórico, el "me" y el "I" de George Mead y Harry S. Sullivan. De esa capacidad de desdoblamiento, de saber su saber, frente a todo lo dado, surge toda la endiablada complicación de la cultura, y por supuesto, El Discurso del Método, y la duda cartesiana, es decir La Crítica de la Razón, Pura o Práctica, da lo mismo.

Pero hubo un momento en la historia de occidente en que un pensador, contrario a la Lógica aristotélica, la anamnesis socrática y el diálogo platónico, dijo estas palabras: "no mirando nosotros las cosas que se ven, sino a las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas". (S. Pablo, 2ª Carta a los Corintios, cap. 4, vers. 18). De este principio deriva la definición cristiana de la fe, dada en la Carta a los Hebreos: "Es la fe la substancia de lo que se espera, la demostración de lo que no ve."

(cap. 11, vers. 1) Tanto el concepto de substancia (hypóthesis), como el de demostración (élegchos) son aristotélicos; pero la proposición ya no lo es. Lo que se espera es aun inexistente, carece de substancia, lo que no se ve no puede demostrarse. Pero tampoco es aun européa. De esta ambigüedad nace el pensamiento escolástico, y en consecuencia El Discurso del Método. "Mihi quaestio factus sum", dice S. Agustín. (Confesiones XXXiii) "Me he hecho problema para mi mismo." Este hombre problemático es el euro-americano. A pesar de las Reglas para la dirección del espíritu, gemelas del Discurso del Método.

El entendimiento natural, el dado al ser humano, comienza por la autoevidencia, por "las cosas que se ven", y quiere terminar por "la demostración de lo que no se ve", haciendo primero lo postrero, porque son estas cosas los archai, los principios eternos. El entendimiento de estos primeros y a la vez postreros principios constituyen La Diferencia Humana, la que busca Mortimer J. Adler. Estas son las verdades autoevidentes a que alude Jefferson, y de las cuales menciona una muestra en La Declaración. Y este es también el propósito supremo de la educación, el aprendizaje de estas verdades para régimen de la vida humana.

¿Pero son autoevidentes estas verdades? Sólo analógicamente. De esta analogía habla también S. Pablo, en el cap. 4 de su 2ª Carta a los Corintios: "El entendimiento de ellos se embotó... el velo está puesto sobre su corazón..." En la

fisiología bíblica se pensaba con el corazón. Un corazón velado no tiene autoevidencia. Así dice el autor de la Carta a los Efesios: "se comportan según la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido...por la ignorancia, por la dureza de su corazón..." (Cap. 4, vers. 18) La mente (nous) mataiôtes, hueca, vacía, es lo que Erasmo de Rotterdam llamó Moria y hoy llamamos morón, o sea retardado mental. El entendimiento (dianoia) entenebrecido no permite, por supuesto, la evidencia, porque no se puede ver en la obscuridad. Y el corazón con porosis, es un corazón petrificado, esclerótico, que no puede pensar. Pero el niño todavía no ha llegado a esa condición enfermiza. Su nous está virgen, pero no vacío ó hueco; su entendimiento (dianoia) no está entenebrecido, y su corazón (órgano del pensamiento) no está petrificado.

En esta condición inicial de ignorancia saludable llega el niño a manos de sus padres, de sus parientes, y de sus primeros maestros. Los ojos están formados para ver el mundo visible; los oídos para oír el mundo acústico; etc. y el entendimiento (nous), para ver através, para entender (dia-noia) el triple aspecto inteligible del ser: su esencia, su racionalidad y su operación. Es a esta función de la persona, a lo cual puede llamarse, por analogía, ver através, ó sea autoevidencia. Esta función saludable crece, como crece todo cuerpo saludable. El crecimiento saludable de la dianoia es a lo que, propiamente podemos llamar educación. Si el pediatra se especializa para

vigilar y dirigir el crecimiento del cuerpo saludable, es razonable pedir del maestro que se especialice para dirigir el crecimiento saludable de la dianoia, de la capacidad natural para ver através de la racionalidad del ser. Esta es la paideia, así como la otra es la pediatria. El médico no puede imponer una salud al cuerpo, así tampoco el maestro puede imponer la verdad al educando. Ya podemos ver porqué Sócrates asumió el título de pediatra del entendimiento. Esta perspectiva de la educación nos permite pensar muchas otras proposiciones, las cuales aplazamos para otra ocasión. Con lo presente basta por ahora.